

# El templo

## Matthew Reilly

Un *bestseller* de éxito internacional de uno de los mejores discípulos de Katherine Neville

En 1535, un monje español escribe un manuscrito sobre el secreto mejor guardado de la selva peruana. En pleno siglo xx, este guiará al lingüista William Race a un santuario ingeniosamente ideado en el que acechan amenazas y peligros insospechados.

«Reilly ha escrito un *thriller* de infarto. Los ingredientes son un manuscrito de cuatrocientos años de antigüedad, un ídolo inca y un arma secreta de destrucción masiva. Cuenta con espléndidas escenas de acción en un contexto de gran contenido cultural. Leerlo es un placer»

—The New York Times

«'El templo' confirma lo que muchos sabíamos, que Reilly es uno de los mejores autores de thriller del momento. Como en 'El ocho', dos tramas realmente sorprendentes se combinan para formar el perfecto *bestseller*»

—Booklist

«Desde la primera escena, en lo alto de los Pirineos franceses, hasta el clímax de infarto en la selva de Sudamérica, Matthew Reilly se ha superado a sí mismo con esta novela»

—The Bookshop

«Como 'Ice Station', su anterior novela, 'El templo' tiene una buena factura técnica y una fuerte base de investigación. Los amantes de la acción lo van a disfrutar de verdad»

—Kirkus Review

«No se puede negar, Matthew Reilly ha logrado el *thriller* perfecto»

—Daily Telegraph

«Es una aventura repleta de acción en la mejor tradición de la ficción *pulp* de primer nivel. Si está buscando una novela de acción a la Indiana Jones o Alan Quartermain, la ha encontrado: no hay ninguna mejor que 'El templo'»

—The Mirror



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.  
Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid.  
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22  
[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es) e-mail: [informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)  
Derechos exclusivos de la edición en español: © 2008, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 1999, Matthew Reilly

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a [\*\*informacion@lafactoriadeideas.es\*\*](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es), que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

A mi hermano Stephen



## Agradecimientos

En esta ocasión debo dar las gracias muy especialmente a las siguientes personas:

A Natalie Freer: ella siempre es la primera persona en leer mis textos y lo hace en tandas de cuarenta páginas. Gracias otra vez por tu extraordinaria paciencia, generosidad y apoyo. A mi hermano, Stephen Reilly, por su lealtad sin igual y sus agudos comentarios sobre mis escritos (¿He mencionado alguna vez que es autor del mejor guión que haya leído jamás?).

A mis padres, una vez más, por su amor, su ánimo y su apoyo. A mi buen amigo John Schrooten por ser, y ya van tres, mi conejillo de Indias. (John es la primera persona que lee mis libros una vez finalizados. Todavía le recuerdo leyendo *Ice Station* mientras veíamos un partido de críquet en el Sydney Cricket Ground.) Gracias también a Nik Kozlina por sus primeros comentarios sobre la obra, ¡y a Simon Kozlina por dejar que el héroe de este libro tuviera su rostro!

Por último, no debo olvidarme de la buena gente que trabaja en Pan Macmillan. Gracias a Cate Paterson, mi editora, por, bueno, hacer que todo esto sea posible. Sus esfuerzos por publicar novelas de suspense no tienen parangón en el mercado literario de este país. A Anna McFarlane, mi correctora, por sacar lo mejor de mí. A todos y cada uno de los comerciales de Pan que, cada día, se encuentran al pie del cañón en las librerías de todo el país. Y, finalmente, quisiera dar las gracias muy especialmente a Jane Novak, mi publicista en Pan, por ser toda una madraza conmigo y por captar la ironía cuando Richard Stubbs y yo hablamos sobre ella, nuestra publicista, en la radio nacional.

Bueno, eso es todo. Ahora, ¡que comience el espectáculo!...

# Introducción

Extracto de *Civilization Lost – The Conquest of the Incas*, de Mark J. Holsten. (Advantage Press, Nueva York, 1996)

## Capítulo 1

### Las consecuencias de la conquista

Jamás se recalcará lo suficiente que la conquista de los incas por parte de los conquistadores españoles representa quizá el mayor choque de culturas en la historia de la evolución humana.

La nación más poderosa de la tierra, con los últimos avances armamentísticos de Europa a su disposición, contra el imperio más poderoso que haya existido nunca en América.

Por desgracia para los historiadores, y gracias en gran medida al insaciable ansia de oro de Francisco Pizarro y de sus conquistadores sedientos de sangre, el mayor imperio del continente americano es también del que menos sabemos.

El saqueo del imperio inca por parte de Pizarro y su ejército de secuaces en 1532 debería ser considerado como uno de los más brutales de la historia escrita. Armados con la más poderosa de las armas coloniales, la pólvora, los españoles se abrieron camino a través de las ciudades y pueblos incas con, según palabras de un comentarista del siglo xx, «una falta de principios que habría hecho estremecer al mismísimo Maquiavelo».

Las mujeres incas fueron violadas en sus hogares u obligadas a prostituirse en mugrientos burdeles improvisados. Los hombres fueron sometidos a torturas constantes; les quemaban los ojos con carbón al rojo vivo y les cortaban los tendones. Los niños fueron llevados en barcos a la costa para después embarcarlos en aterradores galeones de esclavos y enviarlos a Europa.

En las ciudades, los conquistadores saquearon los templos. Fundían las láminas y los ídolos sagrados de oro en lingotes sin ni siquiera pararse a pensar en el significado cultural de los mismos.

Quizá la más famosa de todas las historias de búsquedas de tesoros incas sea la de Hernando Pizarro, hermano de Francisco, y su viaje hercúleo hasta la ciudad costera de Pachacámac en busca de un legendario ídolo inca. Tal como nos describe Francisco de Jérez en su famosa obra *Verdadera relación de la conquista del Perú*, las riquezas que saqueó en su marcha hacia el templo santuario de Pachacámac (no muy lejos de Lima) alcanzan proporciones casi míticas.

De lo poco que queda del imperio inca (edificios que los españoles no destruyeron, reliquias de oro que los incas lograron llevarse consigo valiéndose de la oscuridad de la noche...), un historiador contemporáneo solo puede percibir breves destellos de una otrora grandiosa civilización.

Lo que emerge de esos breves destellos es, no obstante, un imperio lleno de paradojas.

Los incas no conocían la rueda y, sin embargo, construyeron el sistema de carreteras más extenso jamás visto en el continente americano. No sabían fundir el mineral de hierro y, sin embargo, los trabajos con otros metales, en concreto con el oro y la plata, son insuperables. Carecían de un sistema de escritura y, sin embargo, su sistema de registro numérico, un sistema de cuerdas de lana o algodón de uno o varios colores llamado *quipus*, era increíblemente preciso. Se decía que los *quipucamayocs*, los temidos recaudadores de impuestos del imperio, sabían incluso cuándo se perdía algo tan ínfimo como una sandalia.

No obstante, la mayoría de la información y datos de la vida diaria de los incas de que disponemos proviene, inevitable-

mente, de los españoles. Al igual que veinte años antes hiciera Hernán Cortés en México, los conquistadores llevaron a Perú clérigos para difundir el Evangelio entre los indígenas paganos. Muchos de estos monjes y sacerdotes regresaron finalmente a España y consignaron por escrito lo que vieron. De hecho, muchos de estos manuscritos todavía pueden encontrarse en la actualidad en algunos monasterios europeos, fechados e intactos. [Pág. 12]

Extracto de *Verdadera relación de la conquista del Perú*, de Francisco Jérez. (Sevilla, 1534)

El capitán [Hernando Pizarro] se hospedó con sus hombres en unos grandes aposentos situados en una parte del pueblo. Dijo que había venido por orden del gobernador [Francisco Pizarro] por el oro de aquella mezquita, y que estaban allí para cogerlo y llevárselo al gobernador.

Todos los principales del pueblo y los pajes del ídolo dijeron que se lo darían, y anduvieron disimulando y dilatando. En conclusión, que trajeron muy poco y dijeron que no había más.

El capitán dijo que quería ir a ver aquel ídolo que tenían y que lo llevasen allá, y así fue llevado. El ídolo estaba en una buena casa bien pintada, decorada con el típico estilo indígena; estatuas de piedra de jaguares custodiaban la entrada, tallas de demoníacas criaturas con aspecto felino se alineaban contra las paredes. Dentro, el capitán encontró una sala muy oscura y hedionda, en cuyo centro se alzaba un altar de piedra. Durante nuestro viaje, nos hablaron de un ídolo legendario que se encontraba en el interior del templo santuario de Pachacámac. Los indígenas dicen que ese es su Dios, quien los creó y los sustenta, la fuente de todo su poder.

Pero no encontramos ningún ídolo en Pachacámac. Tan solo un altar de piedra en una sala hedionda.

El capitán ordenó entonces que se tirara abajo la bóveda donde se había guardado aquel ídolo pagano y que se ejecutara a los principales por haberlo ocultado. Así se hizo, también, con los pajes del ídolo. Una vez hubieron terminado, el capitán

enseñó a los habitantes del pueblo muchas cosas de nuestra santa fe católica y les enseñó la señal de la cruz.

Extracto de *The New York Times*. (31 de diciembre de 1998, página 12)

### **LOS ESTUDIOSOS PIERDEN LA CABEZA POR UNOS MANUSCRITOS**

TOULOUSE, FRANCIA. Los estudiosos medievales se han encontrado en el día de hoy con una invitación muy especial, ya que los monjes de la abadía de San Sebastián, un apartado monasterio jesuita situado en los montes Pirineos, han abierto las puertas de su magnífica biblioteca medieval a un selecto grupo de expertos laicos por primera vez en más de trescientos años.

El mayor interés para esta exclusiva reunión de eruditos consistía en la oportunidad de ver, de primera mano, la famosa colección de manuscritos de la abadía, en especial los de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

Fue, no obstante, el descubrimiento de otros manuscritos que se creían perdidos lo que provocó gritos de deleite y alegría entre el selecto grupo de historiadores que habían logrado entrar en la laberíntica biblioteca de la abadía: el códice perdido de san Luis Gonzaga, o el hasta ahora desconocido manuscrito que se cree fue escrito por san Francisco Javier o, lo más increíble y maravilloso de todo, el descubrimiento de un borrador original del manuscrito de Santiago.

Este manuscrito, escrito en 1565 por un monje español llamado Alberto Luis Santiago, merece casi la categoría de legendario entre los historiadores medievales, sobre todo porque se pensaba que había sido destruido durante la Revolución francesa.

Se cree que este manuscrito esboza, con una precisión y un detallismo descarnado y brutal, la conquista de Perú por los conquistadores durante

la década de 1530. Se trata del único escrito, basado en las observaciones de primera mano del autor, en el que se plasma la búsqueda obsesiva por parte de un sanguinario capitán español de un valioso ídolo inca a través de la selva y las montañas de ese país.

Sin embargo, esta muestra resultó ser una de esas en las que está permitido mirar, pero no tocar. Una vez el último erudito fue conducido a regañadientes fuera de la biblioteca, sus enormes puertas de roble se cerraron tras ellos.

Esperemos que no haya que esperar otros trescientos años para que estas puertas vuelvan a abrirse.

## Prólogo

Abadía de San Sebastián

Montes Pirineos

Viernes, 1 de enero de 1999. 3.23 a. m.

El joven monje comenzó a llorar desconsoladamente cuando sintió el frío cañón de la pistola contra su sien.

Estaba temblando del miedo y las lágrimas le rodaban por las mejillas. —¡Por el amor de Dios, Philippe! —dijo—. Si sabe dónde está, ¡dígaselo!

El hermano Philippe de Villiers estaba de rodillas sobre el suelo del comedor de la abadía con las manos en la nuca. A su izquierda, también arrodillado, estaba el hermano Maurice Dupont, el joven monje al que estaban apuntando con una pistola en la cabeza; a su derecha, los otros dieciséis monjes jesuitas que vivían en la abadía de San Sebastián. Los dieciocho monjes, de rodillas, formaban una fila en medio del comedor.

Delante de De Villiers, desplazado ligeramente a su izquierda, se encontraba un hombre vestido con un traje de combate negro que portaba una pistola automática Glock del calibre 18 y un Heckler & Koch G-11, el mejor fusil de asalto avanzado jamás fabricado. En ese preciso instante, la Glock del hombre vestido de negro permanecía firmemente apoyada contra la cabeza de Maurice Dupont.

Otra docena más de hombres vestidos y armados de forma similar se encontraban dispersados por el amplio comedor de la abadía. Todos llevaban pasamontañas negros y estaban a la espera de que Philippe de Villiers respondiera una pregunta muy importante.

—No sé dónde está —dijo De Villiers entre dientes.

—Philippe... —dijo Maurice Dupont.

La pistola que apuntaba a la sien de Dupont se disparó sin ningún aviso previo. El disparo resonó en el silencio de la casi desierta abadía. La cabeza de Dupont estalló como si de una sandía se tratara y una estela de sangre salpicó el rostro de De Villiers.

Nadie fuera de la abadía oiría ese disparo.

La abadía de San Sebastián estaba encaramada en la cima de una montaña, a casi dos mil metros por encima del nivel del mar, escondida entre los picos cubiertos de nieve de los montes Pirineos. Como a uno de los monjes más ancianos le gustaba decir, «era lo más cerca que se podía estar de Dios en la tierra». El vecino más cercano de la abadía de San Sebastián, el famoso observatorio Pic du Midi, estaba situado a casi veinte kilómetros de distancia.

El hombre de la Glock se desplazó hasta el monje que estaba a la derecha de De Villiers y apoyó el cañón de la pistola en su cabeza.

—¿Dónde está el manuscrito? —le preguntó el hombre de la pistola a De Villiers una segunda vez. Tenía un acento bávaro muy marcado.

—Le estoy diciendo que no lo sé —dijo De Villiers.

¡Pam!

El segundo monje cayó de espaldas y se golpeó contra el suelo. De la herida irregular y carnosa de su cabeza comenzó a brotar un charco de líquido rojo. Durante algunos segundos su cuerpo siguió sacudiéndose involuntariamente con fuertes espasmos, dando coletazos contra el suelo como un pez que se ha salido de la pecera.

De Villiers cerró los ojos y comenzó a rezar.

—¿Dónde está el manuscrito? —dijo el alemán.

—No lo...

¡Pam!

Otro monje cayó.

—¿Dónde está?

—¡No lo sé!

¡Pam!

De repente, la Glock estaba apuntando directamente al rostro de De Villiers.

—Esta será la última vez que lo pregunte, hermano De Villiers. ¿Dónde está el manuscrito de Santiago?

De Villiers permaneció con los ojos cerrados.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu...

El alemán apretó el gatillo.

—¡Espere! —dijo alguien que se encontraba al final de la fila.

El asesino alemán se giró y vio cómo un monje anciano se incorporaba y se apartaba rápidamente de la fila de jesuitas arrodillados.

—¡Por favor, por favor! Le ruego que pare. Le diré dónde se encuentra el manuscrito si promete que no matará a nadie más.

—¿Dónde está? —preguntó el asesino.

—Por aquí—le dijo el anciano monje y le indicó el camino a la biblioteca. El asesino le siguió a la habitación contigua.

Unos instantes después regresaron. El asesino llevaba en su mano izquierda un libro de grandes dimensiones encuadernado en cuero.

A pesar de que De Villiers no podía ver su rostro, resultaba obvio que el asesino alemán esbozaba una sonrisa de oreja a oreja tras aquel pasamontañas negro.

—Ahora márchense, déjenos en paz —dijo el anciano jesuita—. Dejen que enterremos a nuestros muertos.

El asesino pareció cavilarlo unos segundos. Después se dio la vuelta y asintió con la cabeza a sus adláteres.

En respuesta a ese gesto, el pelotón de asesinos armados levantaron sus G-11 y abrieron fuego contra los monjes jesuitas.

El estallido devastador del fuego de las ametralladoras redujo a los monjes restantes a jirones. Atacados por la fuerza de unas armas que jamás antes habían visto, sus cabezas estallaron en mil pedazos y sus cuerpos acabaron convertidos en restos de carne.

En cuestión de segundos, todos los jesuitas estaban muertos, todos excepto el anciano monje que había llevado a los alemanes hasta el manuscrito. Ahora estaba solo, en un charco formado por la sangre de sus compañeros, frente a frente con sus torturadores.

El jefe del grupo dio un paso adelante y colocó su Glock en la cabeza del anciano.

—¿Quiénes son? —le preguntó el anciano monje desafiante.

—Somos los Schutzstaffel der Totenkopfverbände —dijo el asesino. Los ojos del anciano se abrieron como platos.

—Dios mío... —se escapó de su boca.

El asesino sonrió.

—Ni siquiera Él puede salvarte ahora.

¡Pam!

Disparó la Glock una última vez y los asesinos salieron de la abadía y se adentraron en la oscuridad de la noche.

Transcurrió un minuto; después otro.

La abadía permanecía en silencio.

Los cuerpos de los dieciocho hermanos jesuitas yacían en el suelo, bañados en sangre.

Los asesinos nunca lo vieron.

Estaba encima de ellos, escondido dentro del techo del enorme comedor. Era como una especie de buhardilla, un ático en el techo separado del comedor por una delgada pared revestida con paneles de madera. Los paneles de la pared estaban tan viejos y ajados que las grietas entre ellos eran enormes.

Si hubiesen observado detenidamente, los asesinos lo habrían visto, escudriñando a través de una de las grietas, parpadeando aterrorizado.

Un ojo humano.

3701 North Fairfax Drive, Arlington (Virginia)

Oficinas de la Agencia de Investigación  
de Proyectos Avanzados de Defensa de los EE. UU.

Lunes, 4 de enero de 1999. 5.50 a. m.

Los ladrones se movían con rapidez. Sabían exactamente adónde se dirigían.

Habían escogido el momento perfecto para el asalto. Diez minutos para que dieran las seis. Diez minutos antes de que los vigilantes del turno de noche acabaran su jornada. Diez minutos antes de que los vigilantes del turno de día entraran a fichar. Los vigilantes del turno de noche estarían cansados y no pararían de mirar sus relojes, deseando que llegara la hora de regresar a casa. Sería el momento en el que más vulnerables se encontrarán.

El 3701 de North Fairfax Drive era un edificio de ladrillo rojo y ocho plantas que se encontraba justo al otro lado de la estación de metro Virginia Square en Arlington, Virginia. Albergaba las oficinas de la Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de Defensa, la DARPA, la unidad de I+D más avanzada del Departamento de defensa de los Estados Unidos.

Los ladrones recorrieron los pasillos con aquellas luminosas luces blancas mientras sostenían con firmeza sus ametralladoras MP-5SD con silenciador, similares a las empleadas por los grupos de operaciones especiales de la Armada de los Estados Unidos, apretando contra sus

hombros los guardamanos y observando fijamente por debajo de los cañones en busca de objetivos.

*¡Thwat-thwat-thwat-thwat!*

Una ráfaga de silenciosas balas abatió a otro soldado de la Armada, el número diecisiete. Sin un instante que perder, los ladrones saltaron por encima del cuerpo y se dirigieron a la cámara de seguridad. Uno de ellos pasó la tarjeta magnética mientras otro empujaba para abrir la enorme puerta hidráulica.

Se encontraban en la tercera planta del edificio. Ya habían pasado siete controles de seguridad de nivel cinco, controles que requerían cuatro tarjetas y seis códigos alfanuméricos distintos para abrirse. Habían entrado en el edificio por la zona de carga subterránea, dentro de una furgoneta cuya llegada estaba prevista. Los guardias de la entrada subterránea habían sido los primeros en caer, seguidos poco tiempo después por los conductores de la furgoneta.

Ya en la tercera planta, los ladrones no habían parado de moverse un instante.

Entraron en la cámara de seguridad, un enorme laboratorio flanqueado a cada lado por unas paredes de porcelana de más de quince centímetros de espesor. Tras esa protección de porcelana había otro muro exterior. Estaba recubierto de plomo y tenía al menos treinta y un centímetros de grosor. Los trabajadores de la DARPA llamaban a este laboratorio la «cámara acorazada» y no les faltaban motivos. Las ondas de radio no podían atravesarlo. Los dispositivos de escucha direccional no podían dar con él. Era la instalación más segura del edificio.

Había sido la instalación más segura del edificio.

Los ladrones se desplegaron con rapidez en cuanto entraron en la sala del laboratorio.

Silencio.

Silencio sepulcral.

Y, de repente, se pararon en seco.

Su botín estaba allí, delante de ellos, ocupando un lugar de honor en el centro del laboratorio.

No era muy grande para lo que era capaz de hacer.

Debía de medir cerca de un metro ochenta y parecía un reloj de arena gigante: dos conos (el inferior señalando hacia arriba y el superior hacia abajo) separados por una fina cámara de titanio que albergaba el núcleo del arma.

Una colección de serpenteantes cables de colores salían de la cámara de titanio, en el centro del dispositivo; la mayoría de ellos desaparecían en el

teclado de un ordenador portátil que estaba sujeto a la parte delantera de un modo un tanto rudimentario.

De momento, la diminuta cámara de titanio estaba vacía.

De momento.

Los ladrones no perdieron ni un segundo. Sacaron el dispositivo del generador de corriente y lo colocaron rápidamente en una eslinga hecha a medida para esa tarea.

A continuación volvieron a ponerse en marcha. Salieron del laboratorio. Atravesaron el pasillo. Fueron a la izquierda y luego a la derecha. Torcieron de nuevo a la izquierda y después a la derecha. Recorrieron el fuertemente iluminado laberinto gubernamental, pasando por encima de los cuerpos que habían matado camino del laboratorio. En el transcurso de noventa segundos llegaron de nuevo al garaje subterráneo, donde metieron todo en la furgoneta, incluido su preciado botín. Tan pronto como el último de los hombres hubo metido los pies dentro del vehículo, las ruedas derraparon en el hormigón y la furgoneta salió del área de carga y desapareció a toda velocidad en la noche.

El hombre que estaba al mando del equipo miró su reloj.

Las 5.59 a. m.

Habían tardado nueve minutos en llevar a cabo toda la operación.

Ni más, ni menos.

Continúa en *El templo*